



Juan Carlos Sales (España, 1991) escribe y trabaja con imágenes en torno a los desplazamientos y memorias del viaje. Ha publicado poesía y textos híbridos en revistas como Tinta Regada, Santa Rabia Poetry, Revista Ceniza y Revista Peatones, además de colaborar en catálogos artísticos y publicaciones académicas.

Doctor en Historia Contemporánea y Movimientos Sociales por la Universitat Jaume I (Castellón), su investigación ha indagado en la relación entre literatura, arte y experiencia social en la posguerra española, así como las conexiones entre filosofía y arte contemporáneo. Actualmente prepara un proyecto de itinerancia poética en Japón que dialoga con sus líneas de trabajo sobre la construcción temporal de los lugares y las formas de pertenencia vinculadas al viaje.

CUADERNO DE SARAJEVO

I.

Todos nos reconocemos: nos hemos visto allá en un manglar de Banjul, en los ríos desecados de arenas persas, arrimándonos con lamento a fronteras serbias, en la herrumbre acumulada de aquel último camión que partió sin esperar a nadie, sobre el bajel nocturno cerca ya de Lesbos o El Hierro.

¡Cuerpos ceñidos a alambres de espino, besos que navegan solo de noche, sin latidos, sin ruido de desvelo!

Los veremos de nuevo. Muerte ya hemos consumido mucha pero ninguna como la que picotea aquel pájaro en un cadáver semidesvestido.

II.

Se han acabado las prendas cálidas para infortunio de críos malnutridos; no, señora, le decimos la verdad.

Pero vuelva mañana si acaso damos con los restos de otro armario con sus ropajes en desuso, telas como de mimbre para otros inviernos, cobijas de lugares donde el auxilio es apenas indecoroso, fibras a la moda sin excusa para calentar tan poco.

Volverán mañana, y en otros días y siempre. Muy cautos, casi sin voz reconocible preguntan —árabe, pastún, birmano, darí— si realmente será aquí, enfrascado el aliento en el plástico de su mendicación. Abren y observan los sobrantes de otras vidas con el murmullo de la tiranía aún en sus ojos, extienden el brazo y contraen para sí toda la pobreza que un día más les permita salvarse del frío o de la descomposición de algo querido como su amor o su tregua.

III.

Aparecen en grupos, sombras de pies ligeros,
o en la soledad de una jornada lejos
de todo cuanto les rehízo y vio crecer,
como figuras de hielo acuden, como sombras
de pies desnudos ante un frío desconocido en sus calles,
en sus huesos, y nos contagian con sus manos
otros fríos suyos, con las miradas otros pasados aciagos,
sombras tiritando sus pasos como heridas viejas.

Algunos, los menos, abren sus labios de tierra
por confesar que han muerto muchas veces;
son sus voces —no siendo otra cosa
que historias de una porción de vida
oscurecida, sonidos tullidos— relatos
de despedida, recitales de holocaustos
junto a sonrisas de dolor que nos estremecen
tanto más cuanto nos sabemos testigos
de las atrocidades compartidas.

En ocasiones es una mano rota, enseres
destruidos presas de mandíbulas entrenadas.
Vivenciamos con ellos el ultraje de oficiales
de uniformes sin distintivo (adiestrados mas, ¿a qué voz del poder
obedecen?), botas con sangres reseca,
sangre de carnes naufragadas, corazones
hermanados en la vejación, sacos de ley amparada
por el mundo enmudecido.

Los rostros callados eran testimonio invisible,
vacío contagiado de sollozos, penas adheridas
a la piel, miradas con sed y hambres
acostumbradas, y todas aquellas palabras
silenciaban nuestra vuelta a casa.

IV.

¿Con qué valor dieron luz a Ahman, a Moussah,
a Janick, a sabiendas que los pisotearían acá
y en su tierra, perseguidos por el hambre y el mar
y el hombre, siendo su destino acaso no llegar,
morir en un invierno intermedio de golpizas?

Miedo a desaparecer siempre tuvieron, mas ahora
poseen un teléfono desarticulado, una mochila
vacía, un discurso de odio en los cuerpos, palabras severas
jurando extinción a su vuelta.

¿Qué sabría de ello la madre, la propietaria
de otros infiernos, cuando le dijeron que era un niño
preparado para huir (¿adónde?), cuando su progenie
vive en cada uno de los rescoldos estrechos
de la supervivencia?

No le bastó consagrarse al temor si no fuera
por un irrefutable principio de esperanza,
por el plato caliente de una bondad económica remota,
alimentado con suavidad el cariño olvidado, el materno deseo
por parir al próximo cadáver de la ruta, intuyendo de a poco
un futuro terrible, existiendo ya solo para prolongar el delito
de haber nacido.

V.

Y nosotros también volvíamos siempre, hasta el día lejano
en que ya no hubo dónde volver.

Aquellas mañanas desandábamos unos caminos
congelados, blancor puro que en la amanecida
hería los ojos, junto a un río que era completa tristeza,
y asistíamos al baile de cuerpos embarrados.

Cada tarde, al retornar a la ciudad, admirábamos
nuevamente la civilización nacida en el hueco escapado
al confuso suburbio de los refugiados, relajábamos
el rostro en conversaciones, el ya muy aliviado espíritu
de su pesadez acumulada y, en la ligereza de nuestras vidas,
nos hablábamos largamente de la amistad y de la belleza,
de la ingenuidad de nuestras sonrisas con tiempo
para enamorarse incluso, o para ingresar a un ocioso olvido
que nunca lo era del todo, visitar la taberna resplandecientemente
sucia, casi sin luz si es que la había, esperando los grumos de licor
bajo aquel cielo de cemento.

VI.

Como en el despertar brusco de un sueño, así
una de otras tantas mañanas llega a nuestro olfato
el silencio, la falta de vecindad: los caminos
han sido durante la noche ennegrecidos por pasos
rápidos, trillados de huidas y jadeos y algún alma en pena
maldiciendo su mísera condición de tráfuga,
zancadas como borbotones hasta la salida misma
de la ciudad.

Aquella última redada nocturna exterminó de una vez
el pasajero hogar de todos los parias, de tantos innombrados.

Solos nosotros ahora, con el reparto en mano (¿quién tiene
la ropa de Benmali? Pero Benmali ya se había ido)
y el rostro desencajado por la rápida y precisa extinción
de todo aquello a lo que volvíamos cada blanca mañana;
todo desaparición salvo un pequeño zapato
en la ribera del río triste, unos bártulos inertes,
plásticos ondeando la improvisada patria extinta,
barrotes como calcinados, trapos con mugre
haciéndose pasar por infancia.

En la blanca mañana de enero fue ese,
para nosotros, el final de un día
muerto sin ruido.